

Apuntes sobre el aporte de los franceses al mestizaje de la ciudad de Santiago de Cuba

María Cristina Hierrezuelo Planas

Indagaciones científico-médicas realizadas en Cuba (Marcheco, 2012) han permitido conocer cómo en nuestro genoma se expresa la mezcla de las etnias ancestrales que originaron la población cubana y, también, qué información aportan los genes acerca de nuestro mestizaje. Para el estudio fue tomada una muestra compuesta por 531 individuos, cuyos padres y abuelos procedían de todas las provincias de la Isla y aún de países como España, Jamaica, China, Puerto Rico, Turquía, Siria y Colombia.

A partir del color de la piel como referencia, y de la percepción que al respecto tuvieron los médicos que formaron parte de la investigación, los pesquisados fueron distribuidos en las categorías de blancos, mestizos y negros. No obstante, al ser aplicados los instrumentos indagatorios, el gran hallazgo consistió en que en todos estaban presentes a la vez genes ancestrales africanos y genes de origen europeo. En los clasificados como blancos, 91 % de sus genes ancestrales fueron europeos y 5,8 % de origen africano. Resultó de interés el hecho de que once individuos de piel blanca tenían más del 30 % de sus genes de origen africano y de ellos, cuatro con más de 50 %.

En el caso de los catalogados como negros, 75 mostraron más de 30 % de sus genes de origen europeo y de ellos, diez tenían más de 85 % de sus genes ancestrales con ese origen. Se verificó que este mestizaje, irrefutable y generalizado, era resultado de un proceso que había tenido lugar durante un período de aproximadamente siete generaciones, lo que, desde el punto de vista temporal, equivale a unos doscientos años (Marcheco, 2012, pp. 51-52).

A simple vista, estas indagaciones médicas se corresponden con estudios antropológicos efectuados en nuestro país, los cuales —en plena sintonía con el devenir de lo expresado por la ciencia histórica—, enuncian y sintetizan las relaciones de pareja establecidas por los conquistadores y colonizadores

con las mujeres africanas introducidas en Cuba en condiciones de esclavitud, así como con sus descendientes; como ha sido reconocido, uno y otro constituyen los componentes básicos de la nación cubana.

Un elemento a denotar es que, en la generalidad de las indagaciones realizadas desde el punto de vista antropológico, etnológico, histórico o de otra naturaleza, el componente europeo se ha circunscrito al hispano, en tanto otros no han sido suficientemente valorados aun cuando, como es el caso del galo, tuvieron una indiscutible importancia tanto en la hibridación genética como en la cultural ocurrida en lugares como Santiago de Cuba, a sabiendas de que desde el punto de vista cuantitativo, estuvieron en desventaja frente a los españoles.

Correspondió a Fernando Ortiz hacer las primeras incursiones en este tema. En la década de 1930, en sus reflexiones acerca de los diversos elementos constitutivos del pueblo cubano y su cultura, expresó que Cuba era un ajiaco, y apuntó cómo en el acto casi mágico de sazonar ese guiso —cuyo nombre se deriva del cubanísimo ají—, los franceses habían contribuido “[...] con su ponderación de sabores que amortiguó la causticidad del pimienta salvaje” (Ortiz, 2006, p. 114). Esta enigmática frase bien puede ser interpretada como un reconocimiento al refinamiento con el cual esos inmigrantes revistieron los modos y maneras de quienes entonces habitaban la Isla.

Evaluación similar es posible percibir en lo expresado por José Antonio Portuondo cuando, al examinar el proceso de asentamiento de los inmigrantes franceses en Santiago de Cuba, referido en específico al confort, elegancia y distinción que se respiraba en uno de los famosos cafetales existente en las estribaciones de la Sierra Maestra precisó: “En este ambiente de refinada cortesanía se fue desbravando la parda adustez de la colonia y fue naciendo en el ánimo propicio del criollo una manera más alta de sensual refinamiento” (Portuondo, 1937, p. 205).

Medio siglo después de esos análisis, el etnólogo Jesús Guanche (1983) retomó el asunto. En su libro *Procesos etnoculturales de Cuba* dedica un espacio a la incidencia cultural de los inmigrantes franco-haitianos y franceses en la conformación del *ethnos* cubano (Guanche, 1983, pp. 263-305). No obstante, insistir en la temática y hacerlo a partir de las dimensiones cultural y biológica, puede resultar útil e interesante, máxime si como es

el objetivo de este trabajo, el examen se realiza a partir de lo acontecido en una ciudad como Santiago de Cuba, cuyas características en cuanto al comportamiento de la francoinmigración, especialmente en el orden cuantitativo, difieren de las existentes en otras ciudades cubanas.

I

El primer elemento a considerar es que, desde el punto de vista temporal, el arribo de los francoinmigrantes y su asentamiento en la ciudad oriental se corresponde con el marco de dos centurias, asumido por las referidas investigaciones científico-médicas como el lapso durante el cual se operó el proceso que dio origen a nuestro mestizaje. Para corroborar la incidencia del componente galo es suficiente recordar que, asociado a la Revolución haitiana, desde la última década del siglo XVIII y de forma paulatina, ocurrió el arribo de un elevado número de individuos provenientes de la entonces colonia de Saint-Domingue, luego República de Haití.

En 1803, el entonces gobernador del Departamento Oriental, brigadier Sebastián Kindelán, computó en 19 306 la cantidad de los asentados en la ciudad (Orozco, 2002, p. 15). Más adelante, debido a la flexibilización de la política migratoria de la Corona Española, contenida en la Real Cédula de octubre de 1817, que autorizó la migración hacia Cuba de individuos de las Islas Canarias, la península y las potencias católicas amigas de España, llegaron nuevos flujos cuyos integrantes —en cifras igualmente considerables—, provenían de Francia y de sus dominios en el Caribe.

Uno de los aspectos propios de las migraciones es que, junto con el desplazamiento físico del migrante, ocurre uno de tipo cultural, es decir, el individuo que emigra se lleva consigo, hasta el espacio de recepción, sus vivencias, prácticas, hábitos y costumbres. Algunos o muchos de los cuales no tienen cabida en el nuevo contexto y se adormecen, mientras otros se funden con los que encuentran propios o luchan por sobrevivir. En el caso de los inmigrantes provenientes de Saint-Domingue, Agustín de la Texera, testigo de la época, hizo referencia a un aspecto del comportamiento de los inmigrados que por su relación con el tópico que centra este trabajo es útil referir. Dentro de los hábitos no del todo edificantes de los recién llegados como era el juego de billar, señaló el siguiente:

[...] y aún fue deplorable que tantos y tantos continuasen en la práctica de los ilícitos connubios, ya tan admitidos en aquella colonia,

que formaban la carrera de las mujeres de color, las que siendo por lo demás de buen proceder aspiraban a su establecimiento “aplazándose” con hombres blancos, con la misma publicidad y franqueza que si se tratase de un matrimonio legítimo” (Texera, 1989, p. 97).

La revisión de los protocolos notariales y de otros documentos atesorados en el Archivo Histórico Provincial de Santiago de Cuba permite constatar que fueron múltiples los franceses blancos cuyo proceder estuvo en correspondencia con lo expuesto por de la Texera. Un caso significativo fue el del mítico hacendado Prudencio Casamayor, quien procreó cuatro hijos naturales con la cuarterona Magdalena Brun, quien al igual que él llegó a la ciudad procedente de Saint-Domingue. Sin embargo, aun cuando en el citado testimonio puede percibirse una particular alusión a negras y mulatas libres, ese tipo de relación interracial también tuvo entre sus protagonistas a esclavizadas que, por diversas causas y razones, entre las cuales es humano señalar el amor, sostuvieron relaciones carnales con sus respectivos señores.

Esos “casamientos” no fueron privativos de quienes se trasladaron desde la otrora floreciente colonia gala. Resultaron, así mismo, practicados por muchos de los que llegaron de Francia. Obviamente, un número significativo de esas parejas tuvo hijos. Al margen de la actitud adoptada por los esclavistas en término de asumir o no, la paternidad de esos vástagos es innegable que ellos se erigen como la confirmación de la participación de los franceses en el mestizaje biológico existente en Santiago de Cuba. En el caso de aquellos cuyas madres eran negras africanas, constituyeron el posible primer eslabón o primer resultado de una mezcla genética que en su decursar, de manera consciente o inconsciente, encaminaron al “blanqueamiento” o la “africanización” de su descendencia. Esa diferencia en cuanto a la tonalidad de la piel pudo, a la postre, encubrir una similitud genética en términos de que, tal como sucedió en los resultados de la pesquisa de la cual se habló al comienzo de este trabajo, los más “blancos” podían tener genes europeos y genes africanos en proporciones análogas a los más negros.

Como ejemplo para visualizar la existencia de esos connubios interraciales, puede mencionarse la historia de Eugenio Bourzac, quien procreó siete hijos: cinco con Clara Danger, libre, pero cuya oriundez africana revela un pasado en esclavitud; y dos con igual número de esclavizadas, ambas

negras y criollas, una de las cuales, llamada Cristina, era de su propiedad y la otra, de nombre María, ajena (Archivo Histórico Provincial de Santiago de Cuba, 1856). Situación similar ocurrió a José Corbín y José Lambert. El primero, casado, sin hijos en el matrimonio: tuvo cinco con su esclava Lucía, y a esta “segunda familia” la libertó de manera graciosa, en remuneración de los buenos y muy distinguidos servicios de la madre (AHPSC, 1840); el segundo fue progenitor trece hijos naturales, ocho de los cuales fueron concebidos con sus esclavas Guadalupe y Simona, en cantidad de cinco la primera y tres la segunda (AHPSC, 1881).

II

Este mestizaje biológico tuvo su expresión en el aspecto cultural, revelado como algo consustancial a los mestizos descendientes de padre blanco francés y madre negra africana o afrodescendiente. De igual forma, resulta manifiesto en los esclavos africanos y criollos cuyos amos eran franceses y en los cuales quedan insertadas las esclavizadas que fueron madres en condiciones similares a las de Cristina, María, Lucía, Guadalupe y Simona, de las que se habló en el párrafo anterior. Un ejemplo de ello es que una parte importante de esas féminas se expresaba solo en idioma francés, aunque las hubo que también hablaban el español. Este bilingüismo se localizaba, de igual modo, en los descendientes.

El mestizaje cultural era constatable en hombres y mujeres pertenecientes a la llamada clase blanca. No puede obviarse que muchos de los inmigrados procedentes de Saint-Domingue, de Francia o de cualquiera de sus territorios en el Caribe como Martinica y Guadalupe, contrajeron nupcias con criollas blancas santiagueras, y el fruto de esas relaciones creció bajo la influencia de las culturas de ambos progenitores. Pero, en general, puede afirmarse que la foránea llegó a todos los estratos de la sociedad santiaguera y obviamente fueron los inmigrados sus portadores y difusores.

En el propio siglo XIX, un periodista reconoció que: “[...] cuando inmigraron aquí los franceses, la clase noble y aun la media fue adoptando poco a poco los modales más cultos y urbanos que ellos traían, y ya entonces nuestra sociedad tomó en todos sentidos un aspecto diferente...” (Portuondo, 1937, p. 206). Tras referir una serie de aspectos, como la introducción del lujo, la cesión hecha por la moda nacional a la francesa del lugar preferente que después ocupó, el aprendizaje del idioma francés por parte de

algunos jóvenes y la lectura de los libros buenos y malos introducidos por ellos, entre otros, culmina señalando que en el primer cuarto del siglo XIX aquella alta sociedad ya estaba afrancesada (Portuondo, 1937, p. 206).

III

En el proceso integrador de los componentes culturales galo y africano, la familia y la escuela tuvieron un decisivo papel. La primera de estas dos instancias fue determinante por su contribución en el aprendizaje del idioma y por la salvaguarda de costumbres típicamente francesas. Estas se localizaron en aspectos tales como el cambio de los nombres oficiales de algunos de sus miembros por otros, lo que hacían por cuestión de gusto, conveniencia o fuerza, que les hiciera la pronunciación en una lengua extraña para ellos.

A título de ejemplo es válido hacer referencia al caso protagonizado por cinco de los nietos de la parda Francisca Arnaud Hierville, inmigrada natural de Saint-Domingue, quienes fueron bautizados con los nombres respectivos de Victoria, José Luis, Justina, María Avelina y María de los Ángeles, pero usualmente eran llamados por los de: Celestina, Ulises, Augustine, Celine y Zéfire. En sentido general, estas personas se autodenominaban con esos nombres y así se les nombraba también por sus conocidos, vecinos, amigos y familiares.⁴

Concerniente al ámbito escolar, el quehacer de los establecimientos santiagueros influyó de manera notoria en la aprehensión de los códigos culturales franceses. El idioma francés era impartido en la casi totalidad de ellos, con lo cual, según fuere el caso, se reforzaba el aprendizaje doméstico. En ese aspecto, pueden mencionarse los colegios dirigidos por inmigrados franceses y por criollos, entre otros los de Hipólito Davant, Catalina Chaigneau, Juana Pelet, María Josefa Agostini y los hermanos José Antonio e Inés Ballester. En sus aulas estudiaron figuras de talla nacional e internacional y de una innegable cultura mestiza como Emilio Bacardí Moreau y Pablo Lafargue, quienes cursaron estudios en los colegios regentados, de manera respectiva, por los franceses Pablo Cockburn y Juan Foch.

Mención especial merece la mulata Emerantine Bailly, el único en la ciudad cuyo alumnado estaba integrado, de forma mayoritaria, por estudiantes negros y mulatas. Algunas de estas últimas eran fruto de la relación

establecida por un blanco francés con una mujer negra, incluso en condición de esclavitud. En 1849 allí estudiaban varias niñas con esas características, entre las que se encontraban Eugenia Bourzac, nacida de la pareja formada por los antes citado Eugenio Bourzac y Clara Danger, así como las hermanas Josefina y Cecilia Corbin, hijas del mencionado José Corbin con su esclava Lucía (Hierrezuelo, 2013, p. 162).

IV

Es lícito expresar que en la tarea de acrisolar los componentes culturales propios del etnos cubano, ambos espacios formativos contribuyeron al aprendizaje de un conjunto de actividades, estrechamente relacionadas con el vestir, como fueron la costura, el tejido y el bordado. En la medida que eran preparadas para cumplir las obligaciones reservadas para ellas por la sociedad en el cumplimiento de las funciones de hijas, madre y esposa, aprendían y aprehendían las prácticas y técnicas de esas artes manuales que eran propias de la cultura gala. Su belleza y funcionalidad resultaron suficientes para atrapar la atención de las féminas santiagueras que no vacilaron en enviar a sus hijas donde las inmigradas francesas para su aprendizaje. Evidencia de esto lo constituye el testimonio de un testigo de la época, José María Callejas, quien comentó sobre las escuelas donde, entre otras disciplinas, se enseñaba bordado (Callejas, 1911, p. 68).

En la escuela de Emerantine Bailly, las alumnas recibían clases de bordado y también de costura y rejillas (Hierrezuelo, 2006, p. 54). La actividad docente en este centro estuvo siempre en manos de un claustro en el cual la directora era la única fémina, y debido a esa condición le correspondió enseñar las citadas labores. En otros centros de la ciudad la situación fue similar; o sea, mujeres francesas tuvieron a su cargo esa responsabilidad educativa. A manera de ilustración, es factible remitirse a la escuela de los hermanos José Antonio e Inés Ballester, donde la francesa Pauline Sarlabous enseñaba costura, bordado, marcas y confección de flores.

V

Doscientos años después del arribo masivo de los francoinmigrantes resulta importante intentar develar los elementos culturales de matriz francesa que en mayor o menor grado están presentes en la cotidianidad de los santiagueros

y las santiagueras. En ese sentido, se hacen bastante visibles sus aportes en la culinaria, el vestuario, el idioma, la música, entre otras manifestaciones.

Uno de esos elementos lo constituyen los apellidos de origen galo ostentados por muchas familias santiagueras. Una ligera revisión del directorio telefónico permite comprobarlo. Allí se registran apelativos como: Antomarchi, Bonne, Bordelois, Bourzac, Chauvin, Danger, Despaigne, Lafourcade, Lafargue, Lambert, Lemoine, Lescaille, Manet, Pautrier, Peillon, Venet y otros muchos que conforman una lista tan extensa. Tanto como la elaborada por Carlos Padrón (1997), en cual figuran aproximadamente dos mil apellidos que, según al investigador, pertenecían a individuos que estaban vivos en el momento de su pesquisa (Padrón, 1997, pp. 69-100). De igual modo, el aporte se constata en donaciones hechas a la toponimia de la ciudad que aún se conservan, como es el caso de Ducoureaux, reparto ubicado en la cercanía de Santiago de Cuba¹.

En el ámbito de las manualidades pueden citarse: el tejido a ganchillo o crochet y los bordados como el filstiré y richelieu de evidente ascendencia francesa (Hierrezuelo, 2006, p. 80); en esa misma condición se encuentran el mignardi y el *Point de Beauvais* (Morales, 2015, p. 184).

VI

Muchos aportes resultan apenas perceptibles porque se han fusionado con los componentes hispano, africano, asiático e indoamericano para constituir nuestra personalidad cultural. En esa circunstancia se hallan algunos condimentos o aderezos como la canela y la pimienta, pues a los franceses, especialmente a los inmigrados de Saint-Domingue, se les atribuye la paternidad del gusto de los santiagueros (Morales, 2015, p. 224) por utilizarlas en la elaboración de dulces, comidas y bebidas.

En las bebidas se encuentra la *creme de vie* o crema de vida, elaborada con aguardiente, leche y yema de huevo, que aun en la actualidad es

¹ Entre 1866 y 1879, allí se edificó una hermosa residencia de recreo cuya construcción, decoración y ambientación tuvieron como referente al famoso *Château de Malmaison*, residencia de la emperatriz Josefina. El propietario de este fastuoso sitio de descanso era el comerciante Carlos Ducoureaux, francodescendiente de primera generación (Buch López, 1942, p. 5).

consumida en muchas celebraciones; y en la cual ha sido reconocida una referencia al *l'eau de vie* francés (Orozco, 2002, pp. 29-30).

Figura, asimismo, el aliñado o “aliñao”, especie de licor elaborado a partir de frutas que, en principio, son cocinadas en un almíbar de poco espesor al cual se le añade aguardiente. Resulta evidente la semejanza en cuanto a su elaboración y función social, con el *liquer de vieux garcon*, bebida confeccionada por los campesinos de Aquitania, quienes lo hacían con el objetivo de festejar el nacimiento de un bebé cuando consumían una parte y el resto era conservado hasta el momento de su enlace nupcial (Morales, 2015, p. 224).

En el caso de Cuba, se emplea mango, ciruela, piña, uvas, frutabomba, entre otras frutas, a las que se suman pequeños trozos de caña de azúcar. Su añejamiento transcurre durante el embarazo de la madre, y el brindis, al igual que en Aquitania, se realiza cuando nace el niño. En el caso de ser una hembra, una parte se conserva hasta que esta arriba a los quince años de edad, y se sirve en la fiesta que suele hacerse por tan significativo cumpleaños. Este es un momento de suma importancia a nivel personal, familiar y social, por la connotación que tiene en el tránsito de una niña a mujer.

Puede, de igual modo, hacerse mención al famoso pru, bebida refrescante, típica de la región oriental, de color ámbar, resultado de hervir raíces, tallos y hojas de plantas como raíz de china, jaboncillo, pimienta dulce y canela; endulzada con azúcar “prieta” (como comúnmente se denomina al azúcar crudo). El arraigo de esta bebida en el gusto de los santiagueros no acepta dudas. En ello ha incidido su agradable sabor y también los valores medicinales que se le atribuyen como sus propiedades hipotensoras (Pécora, 1985, p. 6). Entre las personas que se dedicaron a fabricar pru en Santiago de Cuba, con lo cual contribuyeron a la permanencia de la bebida en el consumo popular y en el acervo cultural de quienes viven en la ciudad oriental, destacó Juan Lluih, quien se decía que el fabricado por él era de buena calidad y se procesaba según lo ordenado por Sanidad, ya que “lo mantenía ‘completamente envasado en recipientes de cristal, sanitariamente preparados’” (Poveda, 2015, p. 232).

Concerniente a las comidas, figura el consomé, presente aún en la mesa de la más humilde casa santiaguera, y en el menú ofertado en restaurantes de alta cocina. Considerado como un plato típicamente francés, pero de origen hispano, su presencia en el ámbito culinario de Cuba es resultado

de la presencia gala. Basta recordar que cuando los franceses inmigraron, el plato típico de quienes habitaban en Santiago de Cuba era el ajiaco u “olla podrida”.

El pintor inglés Walter Goodman refrenda la opulencia de los almuerzos santiagueros en la década de 1860, y el consumo de este plato confeccionado mediante la incorporación armoniosa de viandas, carnes y legumbres como boniato, calabaza, habas, tocino, chorizo y coles (Goodman, 1986, p. 22). Con sus variaciones, el ajiaco ha vencido al tiempo y ha llegado hasta nuestros días. También lo ha hecho el consomé: caldo de sustancias de carne de ave, res o pescado, aderezado con especias. Por la sencillez y simplicidad en su elaboración está al alcance de cualquier familia.

VII

En el ámbito del idioma, como expresión de la incidencia francesa figuran ciertos acentos, gradaciones, y palabras que son propias del habla de quienes habitan esta parte de la Isla. Puede mencionarse la preferencia en el uso de términos como marrón y armario, en lugar de *beige* y *escaparete*, generalmente empleados en otras regiones y ciudades del país. De manera especial, debe hacerse alusión a un fenómeno lingüístico propio de Santiago de Cuba consistente en una expresión popular con valor interjectivo, escuchada de manera frecuente en el habla informal, referida a un golpe físico o moral, considerado fruto del contacto lingüístico acontecido en la ciudad santiaguera entre el español y el francés. Surgió luego de la Revolución de Haití y después de la avenida migratoria acaecida no solo procedente de Saint Domingue, sino de varias partes de Francia.

El investigador Arcilio Bonne (2009) asevera que esa interjección no hay forma de escribirla a partir del sistema vocálico del español, y es aquí donde radica lo que él califica como “su mayor «misterio»”, porque está compuesta por dos vocales nasales; que el registra o grafica mediante la representación fonética siguiente: [ĩõ]. Desde su punto de vista, la mencionada interjección tiene su origen en el sustantivo *gnom*, propio del habla popular francesa que significa golpe (Bonne, 2009, p. 8).

VIII

Un aspecto bastante sorprendente que no puede ignorarse pues forma parte de la identidad de las santiagueras y constituye una innegable expresión del aporte cultural galo es la coquetería. Según Manuel María Navarro, esa fue una introducción francesa, con la cual se dice que nunca transigió, a pesar de su gusto por las costumbres que, evidentemente, se arraigó en la personalidad de las féminas de Santiago de Cuba. Sobre ese tópico apuntó:

Las buenas costumbres de aquellos tiempos hacían que las mujeres tuviesen mucho pudor. Naturalmente querían parecer bien; pero si alguna usaba algún tanto de lo que los franceses nos enseñaron a decir coquetería, las madres de familia la miraban como desvergonzada y cuidaban mucho de que sus hijas no se juntasen con ella sino a su vista (Portuondo, 1937, p. 206).

Hippolyte Piron, mulato, santiaguero, hijo de padres creoles y radicado en Francia, visitó Santiago de Cuba entre 1859 y 1863; al referirse a las féminas de esta urbe señaló que eran “en extremo coquetas” y no dejaban “escapar jamás la ocasión de ejercer el poder de sus grandes y expresivos ojos” (Piron, 1995, p. 44). Pero es de deducir que esa coquetería fue más allá de una mirada cargada de promesas, propuestas y mudos mensajes que el destinatario tenía la obligación de captar y de descifrar. La coquetería acompañaría múltiples actos cotidianos como eran, por ejemplo, la manera de llevar el mantón o de mover el abanico.

El famoso lenguaje del abanico calificado por Piron como “una de las cosas más curiosas de este país”, y del cual dejó un testimonio de alta valía, fue una forma excelente para las jóvenes coquetear. Así él lo deja sentado cuando asevera:

En las manos de una mujer coqueta, este pequeño y elegante instrumento sirve menos para echarse aire que para expresar sus sentimientos. Existe todo un lenguaje, más variado que el de las flores, más elocuente que el de las miradas. Las múltiples maneras de abrirlo y cerrarlo con más o menos rapidez y ruido tienen miles de significados (Piron, 1995, p. 25).

En efecto, a partir de signos convenidos entre una pareja real o ficticia, se realiza un diálogo intenso, que el cronista describe en los términos siguientes: “[...] ella mantiene el abanico todo abierto y frente a ella, lo cual significa: estoy encantada de verlo. El abanico a medio abrir hubiese manifestado un placer menos intenso. Ya no lo mantiene en la misma forma, sino de perfil. Ella le pregunta: «¿Ha estado enfermo?»” (Piron, 1995, p. 26).

Tanto como los espacios para la vida social, la escuela –en el sentido de espacio para enseñar–, incidió de forma consciente o no, pero de manera directa en la misión de inculcar en las mujeres santiagueras las formas sutiles de la coquetería. En la Sección Local del periódico *El Redactor*, correspondiente a la edición del 21 de mayo de 1858, se informó sobre la apertura de un curso de 130 lecciones para la enseñanza del manejo del abanico.

Dividido en seis grupos mensuales, con clases cinco veces a la semana –se exceptuaban los jueves y los domingos–, la enseñanza se concretaba en los modos y maneras de preparar, desplegar, descargar, descansar, recoger y agitar el abanico. Las matriculadas empezaban con el asunto referido a cómo tomarlo y tenerlo cerrado; y tras estudiar temáticas tan variadas como los movimientos que exigían las excitaciones de amor, modestia, rubor, enfado, temor, confusión, alegría, etc., cerrarían el curso con un tema bastante interesante: abaniqueras célebres que contaba la historia.

Otro hecho demostrativo de la incidencia de la escuela en la formación de lo que bien pudiera definirse como el arte de coquetear, lo constituye el testimonio legado por José María Callejas. Este testigo presencial de la inmigración gala, cuando al referirse a los centros de educación creados por las inmigradas francesas, apuntó que, en ellos, las jóvenes resultaban excelentes discípulas en cortesía “[...] y en el modo de presentar el pie para lucir el primoroso calzado” (Callejas, 1911, p. 68), gesto que sin duda está muy emparentado con la coquetería.

IX

Los aspectos expuestos demuestran que desde el punto de vista biológico, el componente galo estuvo presente en el proceso de mestizaje acaecido en Santiago de Cuba; lo que se hizo extensivo al ámbito cultural. Hoy no puede percibirse en su manera original porque, en su lugar, hay una nueva

cualidad que supera a las partes que le dieron origen y que no es blanca ni es negra, no es francesa ni africana: es mestiza y es cubana. Es cierto que la relación de los diversos componentes estuvo preñada de vicisitudes, de encuentros y desencuentros; pero al final triunfó el amor, no precisamente el carnal, sino el que brota de la carne apasionada y sin dejar de ser auténtico, es capaz de llevar en sí la savia de las partes que le otorgaron la vida.

Referencias

- ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL DE SANTIAGO DE CUBA (1842). Protocolos Notariales, no. 524, f. 111 v.
- ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL DE SANTIAGO DE CUBA (1856). Protocolos Notariales, no. 488, f. 38. Santiago de Cuba, Cuba.
- ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL DE SANTIAGO DE CUBA (1881). Protocolos Notariales, no. 138, f. 792. Santiago de Cuba, Cuba.
- BONNE, A. (2009). Una interjección en el habla de Santiago de Cuba: Apuntes para su descripción. Recuperado de: <https://docplayer.es/58734471-Cuba-bonne-bravo-arcilio-una-interjeccion-en-el-habla-de-santiago-de-cuba-apuntes-para-su-descripcion-ciencia-en-su-pc-num-3-2009-pp.html>
- BUCH LÓPEZ, E. (1942). La quinta Doucoureau. *Acción Ciudadana*, 26, 5.
- CALLEJAS, J. M. (1911). *Historia de Santiago de Cuba*. La Habana: Imprenta La Universal.
- GOODMAN, W. (1986). *Un artista en Cuba*. Ciudad de La Habana: Letras Cubanas.
- GUANCHE, J. (1983). *Procesos etnoculturales de Cuba*. La Habana: Letras Cubanas.
- HIERREZUELO, M. C. (2006). *Las olvidadas hijas de Eva*. Santiago de Cuba: Ediciones Santiago.
- HIERREZUELO, M. C. (2013). *La labor de los educadores franceses en el contexto educativo de la ciudad de Santiago de Cuba (1803-1868)* (tesis de doctorado). Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, Cuba.
- MARCHECO, B. (2012). El mestizaje desde la información de genes: un estudio de caso. *Temas*, 68, 50-55.

- MORALES, A. (2015). *El signo francés en Santiago de Cuba*. Santiago de Cuba: Editorial Oriente.
- OROZCO, M. E. (2002). *Presencia francesa e identidad urbana*. Santiago de Cuba: Ediciones Santiago.
- ORTÍZ, F. (2006). Los factores humanos de la cubanidad. En ALMAZÁN, S. Y SERRA, M. (comps.), *Cultura Cubana. Colonia*. (Parte I, pp. 31-52). La Habana: Editorial Félix Varela.
- PADRÓN, C. (1997). *Franceses en el suroriente de Cuba*. La Habana: Unión.
- PÉCORA, M. (1985, 4 de abril). Pru oriental. *Juventud Rebelde*, 6.
- PIRON, H. (1995). *La isla de Cuba*. Santiago de Cuba: Editorial Oriente.
- PORTUONDO, J. A. (1937). La inmigración francesa. Fomento de cafetales. Las nuevas ideas. En *Curso de introducción a la Historia de Cuba*. La Habana, Cuba.
- POVEDA, A. S. (2015). *Las noticias de la historia, 1902-1958 (Crónicas de Santiago de Cuba)*. Santiago de Cuba: Editorial Oriente.
- TEXERA, A. DE LA (1989). Santiago de Cuba a principios del siglo XIX. Memoria escrita en 1847. *Del Caribe*, 13, 90-105.